los que tal pensaban hubieron de desengañarse de que no fué ni pudo ser la intencion del autor más que la de alcanzar en su pintura imaginada todo el grado de verosimilitud posible; y así hubo de creerlo, entre otros, el difunto comisario de Cruzada, Sr. Varela, que deseando conocerle, para felicitarle por este artículo, se le hizo presentar por un amigo, y con la sonrisa en los labios le manifestó que destinaba á la Academia de San Fernando el retrato suyo pintado recientemente.—«Porque (añadió con mucha gracia), aun»que el mérito del pincel de Lopez me asegure contra las ferias, no »quisiera morirme con el escozor que me ha producido su artículo »de V.»

LA CALLE DE TOLEDO.

«Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia ó por justicia,
Diversas lenguas, trajes y semblantes;
»Necesidad, favor, celo, codicia,
Forman tumulto, confusion y prisa
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.»

B. DE ARGENSOLA.

Pocos dias há tuve que salir á recibir á un pariente que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendí la vista por la dilatada superficie, para ver si divisaba, no la rápida diligencia, no el brioso alazan, sino la compasada galera en que debia venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de *los Angeles* acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho más hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin; vióme mi primo; saltó del incómodo camaranchon, y *pian pian* enderezamos hácia la gran villa, ya acortando el paso para que pudieran seguirnos las siete

mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

—Y bien, primo mio, ¿qué te parece del aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que ez la *perla del dezierto;* y oyez, y tuvieron rason zus fundadores en zituarle sobre alturas, porque zinó, con este rio, adonde vamo-ha-paral.....

—Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí éste, que si no es gran puente, por lo ménos es un puente grande.

—Zin duda; y áun por ezo he leido yo en un libraco viejo unaz copliyaz que disen.....

Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En Diciembre, de Madrid,
Y en verano, de *Rioseco;*
La que, haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos;
La que.....

—¿Acabarás con tu pintura?—Rason tienez; punto y coma y á otra coza, que ze hase tarde y habremoz de detenernoz en la puerta.—Y en efecto fué así, porque llegando á ésta, y miéntras se verificaba la operacion del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto; aunque una buena dósis de malicia tercia entre ambas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; ademas es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia; condicion harto esencial, y en Madrid más que en otra parte. Hecha esta prevencion acerca de su carácter, no se extrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual y excitarle á hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera:

—Vas á entrar en Madrid (le dije) por el cuartel más populoso y animado; desde luégo debes suponer que no será el más elegante, sino aquel en que la córte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel, en fin, en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura.*

—Punto ez ezte, dijo mi primo, para obzervarle zentados; aprovechemoz ezte poyito.

No bien lo habiamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. Él iba, venía á todos lados, retozaba con los demas, blandia su vara, ceñia y desceñia su faja, aguijaba á las mulas, contestaba á las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchára mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traian á Madrid, y muy luégo supimos por su misma boca que pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; fijarse miéntras el verano en una rinconada para vender horchata, y trasladarse despues á una plazuela para regir, durante el oto-

ño, un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos que, por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de extremeños, que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cuotidiana olla española. De éstos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo ménos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos, que parecian uno mismo, aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traian á éste por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género y demas, concluyendo con una disertacion choricera capaz de excitar al más inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos, que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual; traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pié á tierra y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, expresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas; su pañuelo en la cabeza, y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luégo á contar sus pellejos; mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si éste decia veinte, ellos sacaban diez y nueve; y volviendo á contar, sólo resultaban diez y siete; por último, se fijaron en diez y ocho, pagaron su cuota y echaron á correr.

—Otro carromato.—¿De dónde?—De Murcia y Cartagena.—¿Carga?—Naranjas y granadas.—Al ménos es

cosa de sustancia.—Ahora van VV. á probar que la tienen.

—A un lao, zeñorez (exclamó mi primo levantándose); á un laito por amor de Dioz, que viene aquí la gente.—Y decíalo por una sarta de machos engalanados, que entraban por la puerta con sendos jinetes encima.

—A la paz de Dioz, caballeros, saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacía de amo de los demas.

—Toque esoz sinco, paizano, dijo mi primo sin poderse contener; «¿de qué parte del paraízo?»

—De Jaen, replicó con un ronquido el viejo.

—Buena tierra, zi no estuviera tan serca de Caztiya.

—Maz serca eztá del sielo.

—Como que tiene la cara de Dios.

—Y como que zí; pero dejando esto, ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mí) de dónde han traido esta puelta? porque, ó me engañan miz vizualez, ó no eztaba añoz atraz cuando yo eztuve en este lugar.

—Así es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que ántes daban entrada por esta parte á la capital.

—Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mezquina al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con el viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que llevaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados á la puerta, nos persuadimos de que habrian tratado de imitar el milagro de las bodas de Caná.

Divertiamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, calderérías, zapaterías y cofrerías; tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo, tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la aficion al vino debe ser comun á todas las provincias. Yo sólo le contesté que son ochocientas diez las tabernas que hay en Madrid.

Engolfados en nuestra conversacion tropezábamos, cuándo con un corro de mujeres cosiendo al sol; cuándo con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan á las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas unas á otras y cargadas de paja, que impiden la travesía; acá, una disputa de castañeras; allá, una prision de rateros; por este lado, un relevo de guardia; por el otro, un entierro solemne.....

Favor á la justicia.—Agur, camaraá.—Requiem æternam.—Pué ya..... ¡el demonio del usía!—Cabayero, una calesa. — Vaya usté con Dios, prenda.— Chas..... á un lado, la diligencia de Carabanchel. — Aceituna bue.....— Señores, por el amor de Dios. — Riá..... toma..... só..... ó..... ó..... generala, coronela.—Perdone V., caballero.— No hay de qué.....

Con estas y otras voces, la contínua confusion y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

—¿Qué haces ahí parado? le pregunté con algun ceño.

—¿Qué he de haser, hombre? eztoy recordando todo el Buffon, á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez ezte que eztá ahí ensima.—Majadero, ¿no conoces que es el leon?.....—Como no lo dise el letrero.....—Vamos, vamos.

«*Parador de Cádiz.*» — «*Aquí se sacan muelas á gusto de los parroquianos.*» — «*Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.*» — «*Memoria-lista, se echan cuentas en todas lenguas.*» — «*Aquí se venden hábitos para difuntos completos.*» — «*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*» — «*Aquí se venden sombreros para niños de paja.*»

—¿Qué demonios estás diciendo?—Leo laz mueztraz, contestó mi primo.—Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio.....—Pacito, primo, que tengo buen humor y no eztá nada lindo ezo de que me enzeñes la horca ántes que el lugar.

Tremendos cartelones.—«Teatro del Príncipe.—*El Castillo de Staonins-Coyz, ó los siete crímenes.*—Cruz.— *Los asesinos elegantes.*—Sarten.—*Horror y desesperacion*, drama melo-mimo-lóbrego.»—Oyez, primo, ¿y ze entretienen los zeñores madrileñoz con eztas lindesaz?— Qué quieres..... ¡el gusto del siglo!..... — Pue hemoz llegao á un ziglo divertío.

Soberbia perspectiva hase eza iglesia.—Como que es la principal de la córte y dedicada á su santo patrono.— Póngase en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

A este punto y hora llegábamos, cuando vimos á lo léjos una calesa con la cubierta echada atras y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto, al volver triunfantes á la capital del orbe, pasaron más orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las ca-

bezas, y coloreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavío con que venian echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí la turbacion de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

—Oiga, señor vision (le dijo), déjenos el paso franco.

—¿Adónde van laz reinaz?

—A perderle de vista.

—Si nesccitazen un hombre al eztribo.....

—¿Y son así los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!

—Y qué, ¿no me han de dar un cacho de naranja?

—Tome el rocin venido.

Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballejo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia, por no irritar al pobre mozo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermon. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habiamos visto y oido; él para aprovecharse de ello, y yo para contarlo aquí.

(Febrero de 1832.)

LA COMEDIA CASERA.

«On sera ridicule et je n'oserai rire?»
BOILEAU.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, más próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones, al amor, á los honores y riquezas que á él le ocupáran en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos..... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba V. á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?—

Tal le decia yo á mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, cierta mañana entre nueve y diez, miéntras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

—Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y

aquí se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad, queria volver á la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino.—¿Y se puede saber cuál es la escena?—Oigala usted.

—Este jóven, á quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y áun á regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luégo que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La Sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase V. un poco, amigo mio) nombrarme su presidente.

Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió:

—Ya conoce V. que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honra. Muy léjos de ello, oficié á la Junta dándola las gracias por su distincion y admitiendo el sillon presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacía de secretario de la Junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision *de buscar casa*, comision *de decoraciones*, comision *de candilejas*, comision *de copiar papeles*, comision *de trajes*, y comision *de permiso para la representacion*. De ésta quedé yo encargado, y presidente *nato* de las demas.

El contarle á V., amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle que encontramos en la calle de..... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos más apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada) y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que, resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de más fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oigalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, *Las Minas de Polonia*, *Pelayo*, *La Pata de cabra*, *La Cabeza de bronce*, *El Viejo y la niña*, *El Rico-hombre de Alcalá*, *El Español y la Francesa*, *El Jugador de los treinta años*, *El Médico á palos*, *El Tasso*, *El Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *Sancho Ortiz de las Roelas*, y *El Café*. Ya V. ve que en nuestra Junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones y los bastidores no se habian pintado más que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian más; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa, áun las de cincuenta y ocho años, se creian adecuadas para semejantes papeles;

cuál llamaba á una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta, rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenía el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian á los segundos apénas sabian hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado, los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta Junta fueron admitidas), los barbas, las partes de por medio y las personas *que no hablan*, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, vi várias veces desconocida mi autoridad. — Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el órden, y á instancias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablados, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas, y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á V. que en estos veinte y cinco dias se han renovado otras tantas veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscricion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y se empezaron los ensayos. En ellos fué, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia usted de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quién reñia

con su querida, porque en cierta escena habia permanecido dos minutos más con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

«*Despacio, señores.— Más alto.—Conde, que le está á usted manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama á V. el rey don Pedro. — Esos brazos, que se meneen. — Usted sale por aquí y se vuelve por allá. — Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego. — Eso no vale nada.*»

Por este estilo puede V. figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Várias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia, se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á V. un billete.

Acepté gustoso el convite, y llegada la noche, y habiéndome incorporado con D. Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la Compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol más en el portal nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala, la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuímonos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban á las extremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aquí y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero,

hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando, en fin, de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos, alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion ó un movimiento de abanico, y entablar, en fin, aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto, los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, ménos el telon, que se levantó en aquel instante.

—«¿No me escuchas?
—¡Qué molesta
Y qué cansada mujer!
—Siempre que te viene á ver
Debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar; pero tres minutos ántes que los dijeran ya repetia yo estos versos sólo de escucharlos al apuntador. Así fué repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oiamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galan de una dama altísima, que me hacía temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salia atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; sólo en una cosa se parecian todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañadas de una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacía de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacía de rey; así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució más aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo, y fué que un oficial que sentaba detras de mí dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entónces siento infinito haber creido que su hija de usted lo echa á perder.

—Diga V. que el galan no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha).

—Señores (saltamos todos), no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan recíprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay más que ver.

Por fin, volvió á sonar el silbato; giramos todos sobre nuestros piés, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor extension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de don Tello á la presencia del Rey, ménos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena; y D. Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre

con una altivez sin igual; por último, al decir los dos versos

«A cuenta de este castigo
Tomad estas cabezadas»,

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y más que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino D. Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con D. Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenía hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, miéntras D. Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre.

Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenía por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado, en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa; y miéntras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya;* y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

LAS VISITAS DE DIAS.

«On s'embrasse, on s'étuffe à force de tendresse, et tout bas on me dit de celui qu'ou caresse.»

PICARD.

Entre las várias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entónces fué más importante el calendario, así como resultaron más clásicos que los demas algunos dias del año.—Cuando se aproximan, v. gr., el 1.° de Enero, el 19 de Marzo, el 24 de Junio, el 16 de Julio, el 8 de Setiembre, el 8 de Diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterias! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles!

Amanece el dia feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el más lisonjero aspecto; triples órdenes de ternerillos, salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposicion del cuarto. ¡Qué dia para los mayordomos! ni la bolsa de Lóndres ofrece más animacion, más combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas